

## CAPITULO VI

## Insurreccion de Barcelona

Motin que degenera en insurreccion.—Elementos que la fomentan y le dan importancia.—Toma incremento la revolucion.—Disposiciones del Capitan general.—Activa y general participacion del vecindario en la insurreccion.—Se da esta un jefe civil.—Declaracion de la ciudad y su provincia en estado de sitio.—Ruptura de las hostilidades entre la guarnicion y el pueblo.—Son rechazadas con pérdida las tropas.—Ríndense por capitulacion los fuertes interiores.—Quejas del Capitan general contra la marina.—Acusaciones contra el cónsul de Francia.—Junta de gobierno revolucionaria: sus actos.—Préstase el Capitan general á negociar con la junta.—Partidos que se agitan dentro de la insurreccion.—Quiere esta á su vez negociar con el gobierno.—Caida de la primitiva junta revolucionaria.—Es reemplazada por otra de color mas templado.—Llegada del Regente al campamento del Capitan general.—Rechaza el gobierno las proposiciones de evolucion.—Impone condiciones que la nueva junta no se atreve á aceptar.—Disolucion de la junta conciliadora.—Anarquía: desórdenes: bombardeo.—Reaccion.—Entrada de las tropas.—Medidas represivas tomadas por el gobierno.—Apologías y acusaciones.—Agrias y complicadas negociaciones con el gobierno francés.

Harto patentes presentábanse los síntomas de nuevos trastornos, engendrados por la exacerbacion á que habia llegado el antagonismo de los partidos y el olvido de todo freno de disciplina que los arrastraba á acudir al empleo de la violencia como preferente medio de ejercitar mal entendidos derechos políticos, para que deba causar sorpresa lo efímera que vino á ser la duracion de las consecuencias del fácil triunfo que sobre sus enemigos habia obtenido el gobierno del Regente. Hemos visto caer el ministerio Gonzalez el mismo día, por decirlo así, en que se presentó á las Cortes para dar cuenta de haber vencido la formidable conjuracion de octubre, y con igual rapidez vamos á ver sucederse los móviles que dieron brevemente en tierra con el gabinete Rodil. Apenas abiertas las Cortes y expuesto ante ellas el *pretencioso* (1) programa del ministerio, recibióse la noticia de un nuevo pronunciamiento en Barcelona, hecho que revestia caracteres tan graves, que bastaron para motivar la marcha del Regente á Cataluña.

En presencia de novedad de tanto bulto, la oposicion quiso sacudir la responsabilidad de aparecer que abandonaba al gobierno en una cuestion de orden público, y se apresuró en la sesion misma en que se dió cuenta de lo ocurrido en Barcelona á presentar al Congreso una proposicion de mensaje, por la que se ofrecia al gobierno la cooperacion de la Cámara para sostener la Constitucion y las leyes en las difíciles circunstancias en que podia verse el país por efecto de tan graves sucesos.

Una enmienda del diputado por Cataluña don Pedro Mata, que fué aprobada, vino á aminorar para el gobierno la eficacia del apoyo que se le ofrecia, toda vez que la enmienda añadía la frase de que la autoridad debía obrar dentro del *círculo legal*, recomendacion que desvirtuaba en cierto modo el testimonio de confianza que para llenar su objeto, correspondia expresarse el mensaje.

En sí mismos los sucesos de Barcelona eran de gravedad incuestionable, pues aunque tuvieron origen en una insignificante reyerta de localidad, bastó aquel débil pábulo para dar principio á una insurreccion en la que tomó parte activa la gran mayoría de la poblacion, resultado que evidenciaba el estado de efervescencia y hostilidad contra el gobierno en que se hallaba la capital del Principado; hostilidad por lo demás alimentada por poderosísimas causas, cual lo eran el carlismo, el naciente y exaltado espíritu republicano, la inquina de los moderados contra la Regencia y el pánico que entre las clases trabajadoras habia infundido la creencia de que el partido imperante se disponia á sacrificar la industria fabril de Cataluña abriendo el mercado interior á la codicia del gobierno inglés.

(1) Aunque este adjetivo no está en el Diccionario, el autor lo emplea *subrayado*, aplicando el principio de que el uso forma las lenguas, sin otra regla que la analogía, el buen gusto y la sancion del público, que en definitiva rechaza ó aprueba el neologismo

Sobre semejante fondo de descontento no era de extrañar que un hecho que no tenia importancia, bastase para hacer que instantáneamente prendiese una formidable insurreccion. Veamos ahora cuál fué el origen de la serie de no interrumpidas peripecias que debian dar prematuro fin de la situacion política levantada en setiembre de 1840, con pretensiones de ser la expresion de la voluntad y de las necesidades del pueblo español.

En vísperas de verificarse elecciones municipales, hallábanse reunidos algunos individuos conocidos como republicanos en el local de la cofradía de Zapateros, á tiempo que en la puerta del Angel sobrevenia un altercado entre los dependientes del resguardo y un individuo del pueblo que no queria dejarse registrar, altercado del que resultó tumulto, vías de hecho y alarma.

Aprovecharon los antedichos congregados republicanos la ocasion para echarse á la calle y excitar al pueblo y á la milicia á tomar las armas. Arrestaron oficiales del ejército que encontraron transitando por las calles y se los llevaron como detenidos al cuartel del tercer batallon de la milicia.

Consiguieron además mover á dicha fuerza y al paisanaje que mezclados y en gran número ocuparon la plaza de San Jaime. Acudió á la novedad el jefe político y los amotinados no le dejaron penetrar en el recinto. Retiróse aquella autoridad y volvió acompañada de tropa, logrando esta vez subir al ayuntamiento, que se hallaba reunido y al que presidió, prescribiendo en el acto órdenes que no pudieron ser cumplidas por carecer de fuerza que las hiciese ejecutar. Salió el jefe de la casa ayuntamiento para avistarse con el Capitan general. Mas sabedor que fué en el tránsito de que los principales promovedores del motin lo eran los redactores del periódico titulado *El Republicano*, se personó en sus oficinas que halló llenas de gente sospechosa y en posesion de gran número de armas, con cuyo motivo procedió al arresto de los que consideró como jefes, á los que sin vacilar los envió á la cárcel.

Por la noche parecia calmada la efervescencia sin que se presentasen otros síntomas visibles que el oír cantar por las calles una cancion subversiva en catalan, compuesta *ad hoc* por los promovedores del movimiento.

Pero en la mañana del 14 fué de nuevo invadida la plaza de San Jaime por gran multitud de milicianos y de pueblo armado que á gritos pedían la libertad de los presos.

En vista de estos renovados síntomas de desorden, el jefe político acordó medidas represivas, para cuya ejecucion pidió fuerza á la autoridad militar.

Puso el capitan general Van-Halen á disposicion de la autoridad civil un destacamento que al acercarse á la plaza fué recibido por los amotinados con desaforados gritos de *fuera, fuera*; y temeroso el alcalde que, situado en las Casas Consistoriales, presenciaba el tumulto, de que surgiese una colision entre la tropa y los milicianos, obtuvo del jefe de aquella que se retirase. Interin esto ocurría, los tambores de la milicia tocaban generala, y reunian los batallones en los puntos que les estaban señalados para actos del servicio.

En el estado á que las cosas habian llegado no podia por mas tiempo permanecer inactivo el Capitan general, y en la tarde del 14 sacó la tropa de los cuarteles y tomó posicion en la Rambla con refuerzo de artillería, habiendo cuidado de dejar guarnecidos algunos de los puntos y edificios de la ciudad que podian considerarse como estratégicos.

Ocupada por los amotinados la plaza en que está situada la casa ayuntamiento, convocó el jefe político á la de su domicilio á los alcaldes y á los comandantes de los batallones de nacionales, pero requeridos los últimos para prestar fuerza á las providencias de la autoridad, manifestaron que no podian comprometerse á verificarlo, temerosos de no ser obedecidos.

En sentir de los mismos, las causas de la exasperacion popular nacian de la repugnancia que el pueblo tenia á la quinta que se anunciaba, al odio que inspiraba el proyecto de permitir la entrada de algodones ingleses, á la clausura de la fábrica de cigarros que dejaba ociosos numerosos brazos, y á la creencia de que el gobierno se proponia reconstruir la parte de la ciudadela ya demolida.

Por último, y para completar la gravedad del conflicto, los

comandantes pidieron, lo mismo que lo habian hecho los amotinados, la libertad de los presos; peticion á la que opuso el jefe político el reparo de que aquellos se hallaban á disposicion de los tribunales, y que el respeto á la ley no le permitia arrancarlos á la jurisdiccion ordinaria. A su negativa añadió el jefe político la exigencia de que los batallones de la milicia se retirasen pacíficamente á sus casas, anunciando que de lo contrario se proclamaria el estado de sitio.

La amenaza no bastó para que los comandantes modificasen su declaracion de impotencia á efecto de conseguir que los batallones se retirasen, y entonces el jefe político propuso, á manera de transaccion, que los presos fueran trasladados al cuartel del tercer batallon de la milicia, aunque permaneciendo á disposicion del tribunal, si bien podrian comunicarse con su familia y amigos; mas para esto exigia que al mismo tiempo los milicianos se retirasen.

Aunque dudosos los comandantes de que sus subordinados aceptasen la propuesta, dieron su asentimiento á trabajar en este sentido; pero al ir á reunirse á las fuerzas de su mando, vieron arrancar por el pueblo un bando fijado en las esquinas por el que se prohibía la reunion de los batallones á no verificarse á consecuencia de mandato expreso de la autoridad.

En el entre tanto crecian los grupos, generalizábase el tumulto, y la poblacion en masa lanzada á las calles se mostraba resuelta á hacer causa comun con los levantados, los que tenian ya un jefe en la persona de don José Maria Carsey, oficial expulso del ejército y en la actualidad redactor de *El Republicano*. Este hombre audaz, á la cabeza de cuatrocientos insurrectos, hacia su entrada al caer de la tarde en la plaza de San Jaime, en la que se situó reforzando á los que la ocupaban y donde pasó la noche, anunciando que al siguiente día se verificaria el levantamiento en masa.

Mientras esto sucedía, permanecian estacionadas en la Rambla las fuerzas del ejército, sin que el Capitan general hubiese hecho ocupar los puntos indicados como de reunion para los insurrectos.

Por la mañana del 15 publicó Van-Halen un bando que declaraba la ciudad y su provincia en estado de sitio, y antes de adoptar otras medidas consiguientes á la actitud que tomaba, envió al coronel de E. M. Rubí en clase de mensajero de paz á los congregados en la plaza de San Jaime, invitándolos á deponer las armas y exponer sus quejas por las vías legales. Fué Rubí detenido en cuanto se dió á conocer, al mismo tiempo que atronó sus oídos un ruidoso y universal griterío, lanzado, no solo por los milicianos y paisanaje dueños de la plaza, sino al que hacian coro los vecinos de todas las casas á las que la vista de Rubí podia alcanzar, gritos mezclados á los que clamaban con vehemencia por la libertad de los presos.

No viendo volver á Rubí, reiteró el Capitan general las intimaciones, sin obtener mayor resultado, y en su vista resolvió á entrar decididamente en accion.

Dispuso que el brigadier Ruiz, con fuerza de infantería, zapadores, caballería y dos piezas de campaña, marchase por la Platería y plaza del Angel hácia la de San Jaime, en la que debía penetrar al oír los disparos que serian la señal de verificar igual movimiento otras columnas por diferentes puntos.

El coronel de Guadalajara tuvo la órden de apoderarse de la catedral, órden que no pudo cumplir por haber hallado el edificio en poder de los amotinados, que se habian anticipado á ocuparla, como igualmente lo habian hecho del obispado y demás edificios de los que podia sacar partido la insurreccion.

Al desembocar Ruiz por la Platería fué recibido por un nutrido fuego dirigido desde los edificios de que eran dueños los insurrectos, eficazmente ayudados por disparos que partían de las ventanas y azoteas de la mayoría de las casas.

Provocado Van-Halen por una resistencia cuya magnitud no habia previsto, hizo jugar la artillería contra el caserío; mas, lejos de intimidar á los insurrectos aquel tardío acto de vigor, un diluvio de balas, de piedras y proyectiles de toda especie, incluso objetos de amueblamiento, cayeron cual desencadenado torrente de las ventanas de todos los pisos del caserío.